



La Reina del Barro: El Viaje de la Papa

By Eduardo Lucero Müller

¡Wena chiquillos! Soy Aris y aquí con la Vesper les vamos a contar una firme: la historia de la papa. Partimos en los Andes, donde el aire te deja sin aliento pero el paisaje es bacán. "Cachái, Vesper", le dije, mientras mirábamos a los incas. Ellos no veían solo un bulto con tierra; veían el regalo de la Pachamama. Era la base de todo un imperio, algo que aguantaba el frío más pesado de las montañas. Sin la papa, los incas no habrían llegado ni a la esquina, poh.



Saltamos al siglo XVI y llegamos a los muelles de Sevilla. Había un ruido atroz y un olor a mar súper fuerte. Vesper se acercó a un marinero llamado Iker que estaba bajando unos sacos. "Oye, ¿y esto brilla?", preguntó ella. Iker se rió y le mostró unas raíces feas y arrugadas. Los españoles estaban locos por el oro, así que la pobre papa pasó piola. Nadie cachaba que ese saco de mugre valía mucho más que cualquier joya para el futuro de Europa.



Pero la llegada no fue nada de fácil. En una aldea, Aris se encontró con la tía Marta, que estaba súper urgida. "¡Esa cosa es del diablo, trae lepra!", gritaba ella mientras se persignaba. La dura, chiquillos, la gente le tenía un miedo atroz porque no salía en la Biblia y crecía bajo tierra, como si fuera un secreto oscuro. Aris trataba de explicar que era pura energía, pero la ignorancia es súper fome y difícil de sacar de la cabeza.

Después se vino la guerra y ahí la cosa se puso peluda. Los ejércitos quemaban todo el trigo y dejaban a la gente sin nada que comer. Aris se agachó junto a un soldado llamado Elias que estaba muerto de hambre. "Tranqui, socio", le dijo Aris, desenterrando una papa. Mientras el trigo ardía arriba, el tesoro de los Andes estaba escondido bajo el barro, a salvo de los saqueadores. Fue ahí cuando los generales cacharon que la papa era la mejor estrategia militar.



En Prusia, el rey Federico el Grande se mandó un truco entero de vio. Como su pueblo era porfiado y no quería comer papa, inventó un plan bacán. Plantó un campo real y puso a Klaus, uno de sus guardias, a vigilarlo día y noche. "Klaus, haz como que duermes, pero que se note que cuidas algo valioso", ordenó el rey. Federico sabía que si la gente pensaba que la papa era solo para los nobles, se la iban a querer robar al tiro.

Mientras tanto en Francia, Antoine Parmentier andaba en las mismas. Como el rey Luis XVI quería estar a la moda, Parmentier le llevó un ramito de flores de papa. "Mire, su majestad, esto es lo más top que hay", le dijo. El rey, que era medio influenciable, se puso una flor en la ropa y ¡pum!, se volvió tendencia. De pronto, todos los nobles querían tener papas en sus jardines. Pasó de ser comida para chanchos a ser el plato más cuico de París.



Gracias a la papa, Europa pegó un salto tremendo. Vesper caminaba por las ciudades y veía que ahora había mucha más gente. Habló con Elena, una chiquilla que trabajaba en una fábrica gigante. "Con un plato de papas tengo fuerza para toda la pega", le contó Elena. La papa dio la energía necesaria para que la Revolución Industrial no parara. Fue el combustible de las máquinas y de las familias que ahora podían alimentar a todos sus cabros chicos.



Pero no todo fue color de rosa. En Irlanda se fueron al chanco y plantaron un solo tipo de papa en todos lados. Aris caminó por los campos y vio que la cosa estaba negra, literal. Un hongo podrido destruyó todo. Se acercó a Niall, un agricultor que lloraba sobre su cosecha arruinada. "Se nos acabó la vida", decía Niall. Fue una tragedia heavy porque dependían demasiado de una sola raíz. La Gran Hambruna fue un golpe que nadie vio venir.



Hoy, en una cocina moderna, nos sentamos a comer un puré bien rico. "La dura que la papa es una guerrera", dijo Vesper. Pensar que algo que crece en el barro, que fue despreciado y temido, terminó salvando al mundo del hambre y moviendo la historia. Así que la próxima vez que coman papas fritas, acuérdense de este viaje. Es una historia de aguante, de ingenio y de cómo un humilde tubérculo nos cambió para siempre. ¡Ya, nos vemos, chiquillos!